

EL ASESINATO DE JESÚS



por
John MacArthur


PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Murder of Jesus: A Study of How Jesus Died*, © 2004 por John MacArthur y publicado por Thomas Nelson, Inc., Nashville, Tennessee 37214

Edición en castellano: *El asesinato de Jesús*, © 2005 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Traducción: Evis Carballosa

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1576-0

5 6 7 8 9 edición / año 17 16 15 14 13

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America



Contenido

<i>Introducción</i>	xi
1 La conspiración para matar a Jesús	3
El nacimiento de la conspiración	
Cristo es ungido para su sepultura	
El traidor consume su trato	
2 La última Pascua	25
La preparación de la última Pascua	
La comida de la Pascua	
La predicción de la obra malvada	
El traidor desenmascarado	
La institución de una nueva fiesta	
3 Una advertencia contra el exceso de confianza	47
La insuficiencia de los discípulos	
La perfecta suficiencia de Cristo	
4 La agonía en el huerto	63
Su tristeza	
Su súplica	
Su sumisión	
5 El beso del traidor	83
La aparición de la turba	

	La ejecución de la obra malvada	
	La prevención de una matanza	
	La huída de los discípulos	
6	El tribunal desautorizado del sumo sacerdote	101
	Un juicio nocturno cobarde	
	La solicitud de falso testimonio	
	Un desesperado intento de hacer que Jesús se acusara Él mismo	
	Un veredicto predeterminado	
	Una crueldad despiadada	
7	La negación de Pedro	123
	Los fundamentos del fracaso	
	La derrota espiritual	
	El arrepentimiento	
8	La mañana de la crucifixión	147
	La jugada estratégica del sanedrín	
	El suicidio de Judas	
	La santurronería de las autoridades del templo	
9	¿Qué haré con Jesús?	165
	La acusación de la multitud	
	El veredicto de Pilato	
	El silencio de Jesús	
	La disyuntiva de Pilato	
	El turno de Herodes	
	La hostilidad de la multitud	
	El consentimiento del gobernador	
10	El asesinato en el Gólgota	195
	La burla	

La vergüenza	
La maldición	
El dolor	
La humillación	
11 Las siete declaraciones de Cristo	217
Una súplica por el perdón	
Una promesa de salvación	
Una provisión para su madre	
Una petición al Padre	
Una súplica por alivio	
Una proclamación de victoria	
Una oración de consumación	
12 Toda la creación gime	237
El sol se oscureció	
El velo del templo se rompió	
La tierra tembló	
Los muertos resucitaron	
El centurión se convirtió	
El drama terminó	

La conspiración para matar a Jesús

¿Quién mató a Jesús?

A lo largo de los años el pueblo judío generalmente ha llevado la peor parte. La expresión “asesinos de Cristo” con frecuencia se ha empleado como un epíteto racial por personas equivocadas y por promotores del odio. Y tristemente, la acusación de matar a Jesús frecuentemente ha sido usada para justificarlo todo desde crímenes detestables hasta holocaustos contra los judíos. Aun cuando algunas veces esos crímenes se han efectuado en el nombre de Jesús, ese fanatismo se origina en motivos satánicos y no en ningún amor genuino por Jesús.

Hay, sin embargo, un verdadero sentido en el que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento consideran a Israel culpable del asesinato de su Mesías. Isaías 49:7, por ejemplo, habla del Santo, el Mesías venidero, como el “menospreciado de alma, al abominado de la naciones”. Isaías 53:3 proféticamente describe como el Mesías sería despreciado y no estimado por su propio pueblo, el cual querría, por así decir, esconder su rostro de Él en la hora de su muerte. Salmo 22:6–8 proféticamente describe el trato que Cristo había de recibir a manos de sus propios hermanos cuando colgaba de la cruz: “Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo; se encomendó a Jehová, líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía”.

Leemos en el Nuevo Testamento que la conspiración para matar a Jesús fue encubada en un concilio secreto presidido nada menos que por Caifás, el sumo sacerdote:

Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca.

Así que, desde aquel día acordaron matarle.

(Jn. 11:47–50, 53)

Ese concilio, que claramente implicaba al sanedrín, el concilio gobernante en Israel durante el tiempo de Cristo, incuestionablemente era culpable. Y hay claramente un sentido legítimo en el que la culpa del crimen fue compartida no solo por los principales sacerdotes y los gobernantes, sino también por el pueblo de Israel (vea Lc. 23:13). Fueron los que gritaron, “¡Crucifícale, Crucifícale!” cuando compareció para ser juzgado delante de Pilato (v. 21). Esa fue la razón porqué Pedro, hablando en Jerusalén el día de Pentecostés se dirigió a los “varones israelitas” y dijo “prendisteis y matasteis [a Cristo] por manos de inicuos, crucificándole” (Hch. 2:22–23).

¿Pero eran los judíos *más* culpables que otros de la muerte de Cristo? Seguramente que no. Fue, después de todo, Poncio Pilato, un gobernador romano gentil, el que lo sentenció a muerte. Y lo hizo en conciencia con Herodes Antipas, que (aunque llevaba el título de “rey de los judíos”) no era judío, sino un idumeo, un gobernante extranjero, odiado por los judíos, cuyo trono le fue otorgado por el César.

Además, la crucifixión era un método romano de ejecución, autorizado y llevado a cabo por autoridades romanas, no judías. Soldados romanos clavaron los clavos que atravesaron las manos y los pies de Cristo. Soldados romanos levantaron la cruz (Mt. 27:27–35). Una lanza romana abrió su costado (Jn. 19:34). Manos gentiles, por lo tanto, jugaron un papel más prominente en el asesinato de Jesús en sí que los judíos.

En realidad, el asesinato de Jesús fue una amplia conspiración en la que participaron Roma, Herodes, los gentiles, el sanedrín judío y el pueblo de Israel; grupos diversos que aparte de este suceso casi nunca estaban en pleno acuerdo el uno con el otro. De hecho, es significativo que la crucifixión de Cristo es el *único* acontecimiento histórico donde todos esos grupos sumaron sus fuerzas para conseguir un objetivo común. Todos eran culpables. Juntos llevaron la culpa. Los judíos como raza no eran ni más ni menos culpables que los gentiles.

Eso es claramente expresado en Hechos 4:27, una oración corporativa ofrecida en una asamblea de los primeros creyentes: “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel”. De modo que no existe ninguna justificación para intentar colocar la culpa de la muerte de Jesús sobre un solo grupo. Fue, en esencia, un acto colectivo de la humanidad pecadora contra Dios. Todos son igualmente culpables.

Aun así eso no agota la completa verdad acerca de quién mató a Jesús. Las Escrituras enfatizan de principio a fin que la muerte de Cristo fue ordenada y determinada por el mismo Dios.

Una de las profecías clave del Antiguo Testamento acerca de la crucifixión es Isaías 53. Isaías describe proféticamente la tortura del Mesías a manos de la burlona muchedumbre, y luego añade: “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento”

(Is. 53:10). ¿Entregó Dios a su Hijo a la muerte? Eso es precisamente lo que enseñan las Escrituras. ¿Por qué? Según Isaías 53:10, fue para que Jesús pusiera “su vida en expiación por el pecado”. Dios tenía un propósito redentor.

Los designios de aquellos que mataron a Cristo eran totalmente criminales. De ningún modo quedaban exonerados de su iniquidad solo porque los propósitos de Dios eran buenos. Todavía era un acto de “manos de inicuos” (Hch. 2:23). Ese era, en lo que respecta a los autores, el colmo de la iniquidad. La maldad de la crucifixión de ningún modo es mitigada por el hecho de que Dios soberanamente la ordenó para bien. La verdad de que fue su plan soberano no convierte dicha obra en un acto de asesinato menos diabólico.

Así todo ese *era* claramente el plan santo y soberano de Dios desde antes de la fundación del mundo (Ap. 13:8). Mire otra vez a la oración de Hechos 4, esta vez en su completo entorno:

Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que por boca de David tu siervo dijiste:

¿Por qué se amotinan las gentes, Y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra, Y los príncipes se juntaron en uno Contra el Señor, y contra su Cristo.

Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.

(Hch. 4:24–28)

Hechos 2:23 repite el mismo pensamiento: “*a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole*” (cursivas añadidas).

Dios ordenó el asesinato de Jesús. O para expresarlo crudamente en las palabras de Isaías 53:10, Jehová *quiso* quebrantarlo.

¿En qué sentido Dios se agradó con la muerte de su Hijo?

Se agradó por la obra de redención que fue realizada. Se agradó de que su plan eterno de salvación tuvo su cumplimiento. Se agradó con el sacrificio de su Hijo, quien murió para que otros pudieran tener vida eterna. Se agradó de manifestar su justa ira contra el pecado de una manera tan gráfica. Se agradó de demostrar su amor por los pecadores a través de ese majestuoso sacrificio.

A pesar de la maldad en la crucifixión, esta produjo un beneficio infinito. De hecho, ese fue el acto más malvado jamás cometido por corazones pecaminosos: El impecable Hijo de Dios, Dios hecho hombre, fue injustamente ejecutado después de ser sujeto a las más horribles torturas que mentes inicuas pudieron diseñar. Fue la iniquidad de todas las iniquidades, el peor acto jamás maquinado por la depravación humana, y la obra más vil que se haya cometido en toda la historia de la humanidad. Aun así de ella procede el mayor beneficio de todos los tiempos, la redención de innumerables vidas, y la demostración de la gloria de Dios como Salvador. Aunque los asesinos pretendían el mal contra Cristo, Dios lo convirtió en bien, para salvar a muchos (vea Gn. 50:20).

La cruz es, por lo tanto, la prueba más grande de la total soberanía de Dios. Sus propósitos siempre se cumplen a pesar de las malvadas intenciones de los pecadores. Dios obra su justicia incluso *a través* de las acciones malvadas de agentes injustos. Lejos de hacerle culpable de sus iniquidades, eso demuestra cómo todo lo que Él hace es bueno y cómo Él puede hacer que todas las cosas obren para bien (Ro. 8:28), aun las obras más detestables que los poderes del mal han intentado ejecutar.

Además, si Dios estaba soberanamente en control cuando las manos inicuas de hombres asesinos clavaron a su amado Hijo en

la cruz, ¿por qué alguien se resistirá ante la noción de que Dios todavía está soberanamente en control cuando ocurren males menores? La cruz, por lo tanto, establece incuestionablemente la absoluta soberanía de Dios.

El nacimiento de la conspiración

El drama de la crucifixión comienza en Mateo 26, donde el complot para asesinar a Jesús es incubado. En realidad, en un sentido importante, la vida completa de Cristo había sido un prólogo para ese momento. Él condescendió al hacerse hombre con el propósito expreso de morir (Jn. 17:27; Fil. 2:4-7; He. 2:14). Todo en su vida era una preparación para la hora de su muerte.

Jesús había dicho a sus discípulos en numerosas ocasiones que iba a morir en manos de aquellos que lo odiaban. De hecho, mucho antes de su última jornada en Jerusalén: “Estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo de Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán” (Mt. 17:22-23; vea 16:21; 20:17-19).

La hora había llegado, y una imparable cadena de acontecimientos había comenzado que terminaría con su asesinato. Su última semana de ministerio terrenal se acercaba a su conclusión. Cristo acababa de concluir su Sermón del Monte de los Olivos, el gran sermón profético que abarca Mateo 24-25. Pero sus pensamientos no estaban lejos del tema de su muerte. Mateo escribe: “Cuando hubo acabado Jesús todas estas palabras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado” (26:1-2). Sabía que su hora había llegado. El plan soberano de Dios para la redención de los pecadores estaba a punto de realizarse. Y aunque hombres inicuos estaban conspirando en aquel momento la ejecución de su muerte, eso no era secreto para la mente del soberano y omnisciente Cristo.

Solo unos pocos días antes, Él cabalgó triunfante en la ciudad, mientras las multitudes gritaban “Hosanna” desde ambos lados de las calles. A los discípulos, ante cualquier ojo humano, parecía como si Él fuera barrido al trono mesiánico con una imparable ola de apoyo popular. Pero Jesús sabía la genuina verdad. La opinión pública es muy variable. La justicia nunca triunfará a través de la opinión pública de ninguna manera. Las multitudes adulatoras eran atraídas por los milagros de Jesús, pero no estaban preparados para reconocer su pecado y entregarse a Él como Señor. Es totalmente probable que muchos de los participantes en la multitud que gritaban hosannas a Él al principio de la semana eran los mismos que chillaban: “Crucifícale”, “Crucifícale” antes de que terminara la semana.

No obstante, los dirigentes judíos, amenazados por la evidente popularidad entre el pueblo de Jerusalén, se reunieron clandestinamente para discutir qué hacer con Él. Mateo describe la escena:

Entonces los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caiús, y tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle. Pero decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.

(Mt. 26:3-5)

El malvado complot a la postre tendría éxito, pero solo en consonancia con el programa de Dios. De hecho, si el asesinato de Jesús no hubiera sido parte del plan eterno de Dios, nunca habría ocurrido. Jesús dijo de su vida:

Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

(Jn. 10:18)

Pilato intentaría forzar a Jesús a que respondiera a las acusaciones contra Él, citando su propia autoridad como gobernador, (Jn. 19:10). Pero Jesús respondió: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuere dada de arriba” (v. 11). Sin duda, Dios era totalmente soberano en cada aspecto de lo que está ocurriendo.

De hecho, en varias ocasiones anteriores, los enemigos de Cristo habían intentado matarlo pero fueron divinamente impedidos porque aún no era el tiempo. El primer intento de matarlo tuvo lugar inmediatamente después de su nacimiento. Herodes mandó a matar a todos los niños en los alrededores de Belén, porque había oído que el Mesías había nacido allí. Pero un ángel del Señor avisó a José, y la pequeña familia huyó a Egipto hasta que pasara la amenaza.

En una de sus primeras intervenciones públicas, Cristo leyó del rollo de Isaías en la sinagoga en Nazaret, su ciudad. Las personas se enfurecieron a tal punto con su enseñanza cuando afirmó ser aquel de quien el profeta escribió que lo llevaron fuera de la ciudad al borde de un despeñadero junto a la ciudad. El plan de ellos era despeñarle y acabar con su vida, pero Él soberanamente los eludió (Lc. 4:16–30). Su tiempo aún no había llegado.

Durante el ministerio temprano de Cristo en Jerusalén, sanó a un hombre un sábado en el estanque de Betesda. Cuando los dirigentes religiosos lo desafiaron, Cristo contestó que su Padre estaba obrando, así que era apropiado que Él también obrara (Jn. 5:17). Juan escribe: “Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (v. 18). Muchos de esos dirigentes judíos sin duda fueron los mismos que posteriormente se unirían al complot con Caifás.

Durante ese comienzo del ministerio en Jerusalén, llegó a ser bien conocido que los líderes judíos procuraban matar a Jesús que se decía de Él “éste a quien buscan para matarle” (Jn. 7:25). El conocimiento general de que su vida corría peligro no ame-

drentó a Jesús en lo absoluto. Siguió hablando audazmente, y los líderes judíos, intimidados por su intrepidez, no le dijeron nada. Eso hizo que muchos se preguntaran si el sanedrín *sabría* que Él era el Mesías (v. 26). Incluso la guardia del templo, designada para arrestar a Jesús, se acobardó frente a su valentía. Cuando los principales sacerdotes y los fariseos exigieron saber por qué no lo habían arrestado, los oficiales del templo contestaron: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn. 7:46).

Todavía no era su hora, y mientras su tiempo no llegara los planes de sus asesinos no tendrían la menor posibilidad de éxito.

Cuando llegó su hora. Él lo supo. La noche de su arresto, dijo a sus discípulos: “A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado” (Lc. 22:22).

Y así el complot diseñado contra Jesús por sus enemigos estaba en perfecta armonía con el plan de Dios desde la eternidad pasada.

El apóstol Juan destaca ese hecho en su relato de las discusiones privadas de los conspiradores. Juan pudo haber conseguido los detalles acerca de lo que se decía en las reuniones a través de alguien que realmente estaba presente cuando la conspiración era planificada, probablemente Nicodemo, quien es identificado como un principal entre los judíos (Jn. 3:1), pero que secretamente parecía simpatizar con Cristo (vea Jn. 7:50–51; 19:38–39). Juan relata que los líderes judíos estaban temerosos de que la popularidad de Cristo entre el pueblo resultaría en presión para reconocerlo como Mesías y legítimo rey de los judíos. Eso perturbaría la insegura paz con Roma, y provocaría a los que estaban en contra de Roma, un solitario y peligroso grupo político que pretendía el derrocamiento del gobierno romano. Eso a su vez presentaría una amenaza para el prestigio del sumo sacerdote y del sanedrín quienes ejercían una autoridad simbólica en la sociedad judía (especialmente en el ámbito

religioso) con el permiso de Roma (Jn. 11:48). Los dirigentes judíos, por lo tanto, hacían todo lo que podían para aplacar el fervor mesiánico en Israel. Además, Pilato ya estaba respondiendo al fanatismo judío al reprimirlo con violencia (vea Lc. 13:1). Así que los dirigentes judíos concluyeron que *tenían* que silenciar a Jesús, sin importarles si Él era o no el verdadero Mesías.

El protagonista principal en esta escena es Caifás, el sumo sacerdote de ese año. Caifás estaba políticamente motivado, un oportunista pragmático. Bíblicamente, por supuesto, el sumo sacerdote procedía del linaje levítico. Durante la ocupación romana, sin embargo, los sumos sacerdotes eran aprobados y designados por Roma. La evidencia histórica claramente sugiere que el cargo era frecuentemente adquirido con dinero u otorgado como un favor político. Caifás se había casado con la hija de Anás, un ex sumo sacerdote (Jn. 18:13). Anás todavía ejercía un poder importante a través de su yerno, de modo que el puesto venía a ser una especie de sacerdocio conjunto (Lc. 3:2). La historia registra que Caifás ocupó el cargo por más de dos décadas, un tiempo extraordinariamente largo cuando se tiene en cuenta que en un siglo de ocupación romana, veintiocho hombres sirvieron como sumo sacerdotes. (Cuando Caifás fue finalmente depuesto del cargo entre el año 36–17 a.C. por el gobernador romano Vitelo, su sucesor duró solo cincuenta días.) La duración del ejercicio de Caifás sugiere que de alguna manera había logrado un insólito favor de Roma. Sin duda era corrupto. Fue bajo su autoridad que los cambistas ejercían sus negocios en el área del templo. Eso, sin duda, le había hecho un hombre extremadamente rico. Y como sucedió que Cristo en dos ocasiones echó fuera del templo a los cambistas (Jn. 2:14–16; Mt. 21:12–13), no es de sorprenderse que Caifás lo odiaba tanto.

Caifás era un saduceo. Los saduceos eran una secta aristócrata

que controlaba el templo en tiempos de Jesús. Eran liberales religiosos y materialistas a ultranza, negaban la resurrección de los muertos, el cielo, los ángeles y todos los elementos sobrenaturales de las Escrituras (Hch. 23:8). Interpretaban la ley de Moisés con rigurosa literalidad pero sabían descartar o minimizar el resto de las Escrituras. Se situaban por lo tanto, normalmente en el lado opuesto de los fariseos, pero los dos grupos con frecuencia se habían unido para conspirar con el fin de desacreditar a Cristo, y en ambos casos Él los había silenciado y avergonzado (Mt. 16:1-4; 22:34-35; Mr. 12:13-23). Ahora se habían unido una vez más en el complot de matar Jesús.

Fue Caifás el que dijo: “ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (Jn. 11:50). Aunque Caifás hablaba de asesinar a Jesús para reprimir una amenaza política, Juan vio un significado profético en sus palabras: “Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn. 11:51-52).

En otras palabras, lo que Caifás y el sanedrín planificaban por razones malignas, Dios lo encaminó para bien (vea Gn. 50:20). Querían matar a Jesús para salvar a la nación de la amenaza inmediata de una destrucción violenta a manos de Roma. Dios estaba dispuesto a sacrificar a su Hijo para salvar a la nación, en verdad, a personas de *cada* nación, de la condenación eterna debido a sus pecados. El apóstol Juan emplearía casi un inédito lenguaje en una epístola posterior: “Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:2).

Así que los planes inicuos de aquellos conspiradores coincidían exactamente con el plan eterno de Dios.

El momento oportuno también estaba en perfecta armonía con el plan de Dios. Era la fiesta de la Pascua, cuando los corderos

expiatorios eran ofrecidos. Y Cristo sería “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Él era el cumplimiento divino de lo que la Pascua siempre había presagiado. “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Is. 53:7; vea Hch. 8:32).

Note que la intriga del sanedrín era, “prender con engaño a Jesús, y matarle. Pero decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo” (Mt. 26:4–5). Sin duda esperaban matarlo con la menor fanfarria posible, y, por lo tanto, decidieron esperar hasta que pasara el tiempo de la Pascua y Jerusalén estuviera más tranquila. Su preocupación por evitar la fiesta no era para preservar la santidad de la Pascua (porque criminales frecuentemente eran ejecutados durante las fiestas, precisamente debido a que había más testigos en esos tiempos). Pero querían evitar el examen minucioso del pueblo, y sobre todo no deseaban provocar un desorden público.

Una vez más eso revela la soberanía de Dios sobre las intrigas de los hombres. Querían evitar un escándalo público en el día de la fiesta; el diseño de Dios era que Cristo muriera el día de la Pascua, de la manera más pública posible. “Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá” (Pr. 19:21). “¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó?” (Lm. 3:37).

Jerusalén estaba repleta de peregrinos de todos los rincones del imperio que habían acudido a celebrar la Pascua. El historiador Josefo calcula que más de un cuarto de millón de corderos eran sacrificados en Jerusalén durante una típica fiesta de la Pascua. Como promedio, diez personas participaban de un cordero, lo que sugiere que la población de Jerusalén durante la Pascua podía subir a un total de 2.5 a 3 millones. Incluso el gobernador romano, Poncio Pilato (cuyo cuartel general estaba en Cesarea marítima)

acudía a Jerusalén durante la Pascua. Desde la perspectiva de los conspiradores, ese era el peor tiempo para arrestar a Jesús, si querían hacerlo silenciosamente. Lo habían visto recibir la adulación de las multitudes, y sabían que se arriesgaban a provocar un disturbio.

Pero la Pascua era su tiempo, el tiempo escogido por Dios, el tiempo más adecuado para que el Cordero de Dios muriera por los pecados del mundo. Y la conspiración a la postre ocurriría según el tiempo de Dios, no el de Caifás. Con anterioridad, siempre que los conspiradores habían intentado matar a Jesús antes de tiempo, Dios había impedido sus planes. Ahora que ellos deseaban dilatarla hasta un tiempo más apropiado, no pudieron posponer el tiempo perfecto de Dios.

Cristo es ungido para su sepultura

Mateo incluye una conmovedora viñeta que expone más ampliamente el control soberano de Dios de los acontecimientos que conducen a la crucifixión. Aparece en absoluto contraste con la conspiración que se tramaba en el palacio del sumo sacerdote. Allí, hombres que odiaban a Jesús tramaban su muerte. Aquí, una mujer que lo amaba le prepara para la sepultura: “Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa. Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo: ¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres. Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra. Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mun

do, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella" (Mt. 26:6–13).

Mateo incluye este relato en este lugar de su narración porque es apropiado para el tema que está bajo discusión. Cronológicamente, sin embargo, pertenece a los acontecimientos del sábado anterior (Jn. 12:1–3), cuando Jesús estaba en Betania y Betfagé (en el lado oriental de las afueras de Jerusalén), preparándose para su entrada triunfal en la ciudad el día siguiente. Esa noche, Cristo y los discípulos fueron invitados a cenar en el hogar de Simón el leproso. No sabemos nada de Simón aparte de lo que está registrado aquí, pero es evidente que era alguien a quien Jesús había sanado de lepra, porque nadie que aún padeciera de lepra habría estado sirviendo un banquete de esta índole. La noche probablemente fue arreglada como una expresión de la gratitud de Simón por el favor que el Señor le había hecho.

El apóstol Juan describe el mismo suceso, y nos informa que María, Marta y Lázaro estaban presentes. Marta servía la comida y Lázaro estaba sentado a la mesa (Jn. 12:1–2). Sin duda, los tres eran amigos de Simón, posiblemente vecinos cercanos, porque Betania era también su pueblo de residencia.

Fue María quien ungió a Cristo con el perfume (v. 3). Juan dice que no solo ungió su cabeza, sino también sus pies, y enjugó sus pies con sus cabellos. Probablemente estaba deliberadamente emulando a la prostituta perdonada descrita en Lucas 7:36–39, quien también ungió los pies de Jesús con un alabastro con perfume y enjugó sus pies con sus cabellos. Ese ungimiento tuvo lugar en Galilea, en la casa de un fariseo, en un tiempo más temprano en el ministerio de Cristo. María, una seguidora cercana de Cristo, sin duda sabía de ese incidente y tocada por adoración que motivó el gesto de aquella mujer, hizo lo mismo, con el ungüento más caro que pudo comprar.

Tanto Juan 12:5 como Marcos 14:5 registran que el alabastro

valía trescientos denarios, aproximadamente el sueldo anual de un jornalero. Estaba contenido en un vaso, también muy costoso, y Marcos registra que María quebró el vaso (v. 3), haciendo así su acto de sacrificio mucho más generoso.

Los discípulos estaban indignados. La liberalidad de María les parecía una extravagancia exagerada. Después de todo, razonaban, el alabastro pudo haberse vendido y el dinero de la venta dado a los pobres. El relato de Juan nos informa que Judas era el instigador en propagar ese sentimiento. Su preocupación difícilmente era tan noble como trató de que pareciera. “Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella” (Jn. 12:6).

Es de notarse que Judas era el tesorero del grupo. Eso pone de manifiesto cuan confiable era (vea Sal. 41:9). Y el hecho de que otros siguieron su dirección en este instante revela que había conseguido no solo su confianza, sino también en un alto grado, su respeto. Evidentemente, ninguno de los otros discípulos jamás sospechó que Judas se convertiría en traidor, porque incluso cuando Jesús profetizó que sería traicionado por uno de ellos, ninguno apuntó hacia Judas. Todos parecían dudar de ellos más que de Judas (Mr. 14:19).

Es típico del espíritu de Judas el no haber expresado su inconformidad con respecto al acto de María en alta voz en presencia de Jesús. Según Marcos, los discípulos primeramente discutieron la cuestión privadamente entre ellos, y entonces llevaron su queja, enmarcada en una fría reprimenda, a María (Mr. 14:4–5).

Aunque evidentemente trataban de esconder de Jesús su descontento, Él lo sabía. Y Él los reprendió por sus murmuraciones contra ella: “Entonces Jesús dijo: Déjala” (Jn. 12:7).

Si Él no fuera Dios en carne humana, digno de un acto de adoración, y a punto de morir por los pecados de otros, el resto de su respuesta parecería fría e inhumana: “Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis”

(Mt. 26:11). Esas eran palabras insólitas salidas de los labios del Salvador, quien, después de todo, había mandado al joven rico a vender todas sus posesiones y dar el dinero a los pobres (Mt. 19:21).

Pero aquí Jesús simplemente repite una verdad contenida en la ley de Moisés: “Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra” (Dt. 15:11).

La liberalidad hacia los pobres es nuestra *constante* obligación, y Jesús no estaba minimizando, sino destacando, su importancia. En *ese* momento, sin embargo, había una necesidad mayor para ser suplida que la de la pobreza terrenal. Cristo estaba a punto de morir. Estaba llegando al final de su ministerio terrenal. Ya les había dicho esa verdad. Pronto ya no lo tendrían más.

María, que siempre había prestado más atención que muchos otros a las enseñanzas de Cristo (Lc. 10:39), pudo haber comprendido más que otros. Evidentemente ella comprendió que Cristo estaba en un punto decisivo e importante de su ministerio terrenal. Si eso significa que ella comprendió plenamente que Él estaba a punto de morir no está del todo claro. Parece improbable que María estaba plenamente consciente de que la muerte de Cristo estaba muy cerca. Probablemente ella pretendió que su gesto fuera simplemente un acto de adoración profunda.

Pero habría un significado simbólico en el acto que había sido soberanamente diseñado por el mismo Dios. Jesús dijo: “Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura” (Mt. 26:12). De ese modo nuevamente vemos la mano soberana de Dios en la dirección del desarrollo de cada acontecimiento. El gesto de amor y de adoración que María ofreció a Cristo, más significativamente, era un acto simbólico de preparación divinamente ordenado con miras a su muerte y sepultura. Era, en cierto sentido, una muestra

de amor del Padre para el Hijo, significaba que su hora había llegado.

El traidor consume su trato

Bien pudo ocurrir que la reprensión de Cristo en aquella ocasión selló lo que había sido una creciente desilusión en la mente de Judas. Después de todo, como casi todos, él esperaba a un Mesías que libertaría a Israel de la opresión romana y seguidamente establecería su trono. Judas (como los otros discípulos) sin duda esperaba compartir la gloria y el poder de ese reino (vea Mt. 20:20–21). Pero como ocurrió que Jesús hablaba más y más acerca de su rechazo y de su muerte inminente, Judas perdió el entusiasmo de seguir al Señor. Había permanecido por tres años esperando que Jesús accediera al trono de David y lo ascendiera. Sus motivos todo el tiempo al parecer eran la codicia y una sed egoísta por el poder.

A eso hay que añadir el hecho de que estaba sustrayendo dinero de la bolsa de los discípulos, de la que era responsable. Contempló con resentimiento como regalos tan costosos, una libra de nardo y alabastro, eran sacrificados en un acto de simple adoración. Y Judas al contemplar cómo se evaporaba la posible ganancia de un desfalco planificado, pudo haber tomado la decisión ahí mismo de compensar la pérdida mediante la entrega de Jesús. Y pudo haber sido en ese preciso momento que tomó la decisión final de cometer un acto de traición mediante la entrega de Jesús en manos de sus enemigos.

Lucas registra el hecho de que el mismo Satanás entró en Judas en ese mismo tiempo (Lc. 22:3). Actuando a través de la ambición de Judas y aprovechándose de un corazón no regenerado que ya para ese tiempo había totalmente rechazado a Cristo; el diablo literalmente poseyó a Judas para efectuar el acto traidor que estaba a punto de ocurrir. Por parte de Judas, cuando se alejó

de Cristo es ese acto final de rechazo, él voluntariamente se abandonó a sí mismo al control de los poderes de las tinieblas, y se convirtió en un instrumento de Satanás. Mateo dice: “Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle” (Mt. 26:14–16).

Judas pudo haber ido a la casa de Caifás a la hora exacta cuando el sanedrín se reunía allí para planificar su propia conspiración contra Jesús. De cualquier modo, los planes traicioneros de Judas se fusionaron perfectamente con los de ellos, y ellos inmediatamente pesaron el precio de la traición y le pagaron.

Fue el precio de un esclavo, treinta piezas de plata (Éx. 21:32). Esas fueron probablemente siclos de plata. Treinta siclos equivalían a unos ciento veinte denarios, menos que el valor del alabastro de María. Judas incluso pudo haberse engañado a sí mismo, pensando que había alguna justicia en ese acto de desmesurada extravagancia.

El sanedrín, sin duda, tuvo un placer especial en el hecho de que fueron asistidos en su conspiración por uno de los discípulos más cercanos de Jesús. Pudieron también haber imaginado que eso de alguna manera justificaba sus malvados planes.

Y de ahí en adelante, Judas buscó la oportunidad para traicionar a Jesús. Después de haber aceptado el dinero por aquella acción, estaba irrevocablemente comprometido. Ahora todo lo que tenía que hacer era escoger una ocasión cuando Jesús estuviera solo, o algo parecido, para poder concordar con los planes del sanedrín de capturar a Jesús tranquilamente. Y finalmente decidió que la mejor oportunidad sería en el huerto donde con frecuencia Jesús iba a orar solo con sus amigos más cercanos.

Desde un punto de vista terrenal, parecía que los planes de los enemigos de Jesús comenzaban a tomar forma perfectamente. El

sanedrín sin duda estaba entusiasmado con el hecho de añadir un conspirador del propio círculo íntimo de Jesús. Judas, sin duda, estaba complacido de haberse beneficiado tan íntimamente de su traición. Desde el punto de vista de sus enemigos, las cosas iban muy bien.

Nadie, sino solo Jesús lo comprendió en ese momento, pero un plan superior realmente estaba obrando. Era el plan eterno del Dios soberano, ese plan había sido establecido desde antes de la fundación del mundo. Y desde el mismo inicio de la conspiración, el hecho del control soberano de Dios es claramente manifestado por todas las profecías que se cumplieron a medida que el drama se desarrollaba en perfecta armonía con el propósito eterno de Dios. Así que la primera y más básica lección que aprendemos del asesinato de Jesús es la verdad de que Dios permanece absolutamente soberano sobre todas las cosas, incluso cuando parece que el plan más inicuo diseñado por pecadores está a punto de conseguir un éxito siniestro.